

+RADICALMENTE

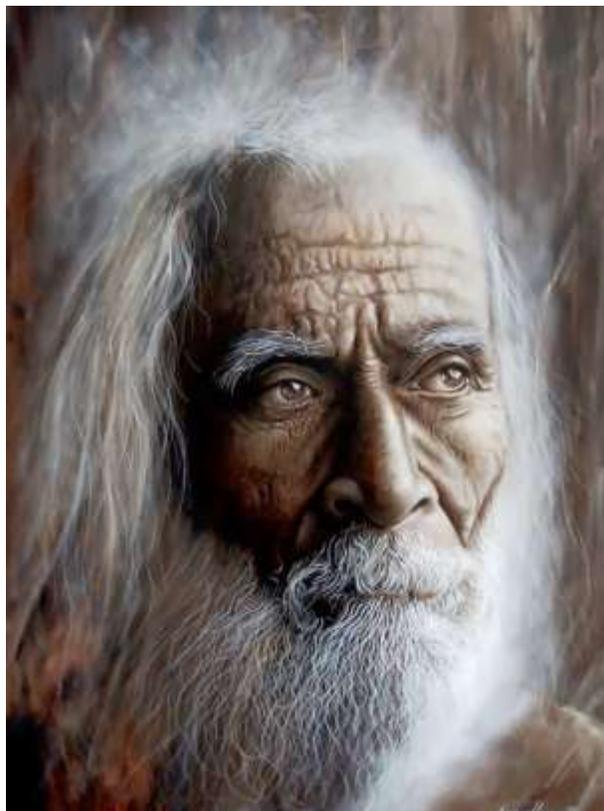
*“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno
conduce a mucho más allá de lo que se piensa:
no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe”.*
S.S. San Pío X

Hace falta una cruzada de verticalidades

26 DE MARZO DEL 2018. III.44

LIBRAR AL HOMBRE DE HOMBRE.

(DE LAS CAUSAS DE LA ACTUAL CRISIS)



“Creía estar solo, y en realidad me hallaba en la ridícula situación de contar con el apoyo de toda la Cristiandad. Es posible, y espero que el cielo me perdone por ello, que intentara ser original, pero tan sólo conseguí idear un

mal remedio de las tradiciones ya existentes de la religión civilizada. (...) Me esforcé en inventar una herejía propia y, después de darle los últimos retoques, descubrí que era la ortodoxia". Chesterton.

Mientras ponía en orden en mi mente y mi alma, angustiosamente, lo confieso, concepto tras concepto, y llenaba pliegos en torno a la actual, crispante, crisis de nuestra civilización y cultura, tropecé, literalmente, con un recio ensayo: "What is the moral of our time", de Will Herberg. Pude leerlo porque ahora existen prensa y escritos, aunque me hubiese resultado igual, acaso de más fuerza, que me lo hubiera rumoreado, en el oído, el viento. Disfruté atravesando sus trabajados párrafos: encontraba en él una curiosa identidad con mi trazado del problema; iba a mi lado; caminan otros, es alentador, reconfortante, análogos senderos.

Herberg, gran filósofo de la sociología y de la religión, es el autor de una frase que siempre había captado mi imaginación: "cultura de la flor cortada" con la que describe la actual extirpación espiritual que han sufrido las sociedades europea y americana. Las flores cortadas conservan su belleza y fragancia originales, pero solamente mientras guardan el dinamismo existencial que han extraído de sus raíces. Estas sociedades, afirma Herberg, se agostarán triste y totalmente a menos que recobren su ser primitivo y radical. Ya en 1965 alertaba contra otra preocupante bravata: las campañas socialistas y liberales que ya desde ese no lejano ayer destruían el tejido de la sociedad estadounidense, hoy salvajemente exacerbadas.

En su artículo acerca de la moral de nuestro tiempo, que rememora aquella exclamación del Cristo, "Generación perversa, hasta cuándo tendré que soportaros", el autor disecciona, con fino escalpelo, el reto que enfrenta nuestra era: la ausencia de todo código moral. Se ha sentenciado que no es ésta una era de cambios, sino un cambio de era; aunque erróneamente apuntan a la tecnología como causa inmediata; la única transformación ocurre en el adentro, porque *lo que sale de la boca proviene del corazón*, y eso es lo que contamina al hombre, de ahí toda perversidad, que comer sin lavarse con las manos, ni nada que ellas elaboren, contamina al hombre... diría el Maestro.

Hubo, primó, un código. Un manual del dueño.



Taladra Herberg el núcleo de la crisis: el hombre *no-moderno* siempre lo hizo: nuestra fragilidad rompía todo código, un algo que regía, y se sentía culpable; había una normativa y se reconocía su existencia; cumpliésemos o no con ella, dolía; ahora la humanidad se ha deshecho de un incómodo estorbo. ¿Por qué no la indulgencia, la permisividad, la tolerancia, lo que me venga en ganas, lo que me satisfaga?, y coronándolos, equivocado fin, la incontenida búsqueda del placer y de la diversión, *diversus*. Temía el hombre; el concepto del quebrar un dictamen le remordía; hoy se encoge de hombros: *¿y qué?... so what?... Jóvenes y viejos, iy adolescentes!*, renuncian a todo lo que no gratifique hedonísticamente y con premiosa inmediatez.

Crisis de certidumbre. Creía el griego, cimentador del Occidente, en la verdad; era la diosa huidiza y ansiada, ante la cual el hombre se sobrecogía. Creía en el asombro. Fueron los siglos transmitiendo, generación tras otra, pasmo y verdad como joyas supremas. Creía el israelita en un único Dios, en ley mosaica, en códigos sagrados; y en el Talmud, suntuoso cofre, encerraba lo más caro que cada padre,

cada rabino, transmitía. Leyes hieráticas, sublimes, sacrosantas. El tiempo las envolvió en sus alas, y en testamento recibimos del griego al romano, del hebreo al cristiano, el respeto, el orden, el acatamiento. Origen y destino elevaban al ser humano más allá de sí mismo, quebraba limitaciones, encaramaba. Había trascendencia.

La verdad, objetiva y eminente, independiente del hombre y de su poquedad, no podía ser creada, sólo descubierta --admitía con humildad-- cuando los dioses se dignaban colocarla ante el exiguo, humano alcance. Entonces, arraigada, hermosa, con reflejos de iridio, los antiguos la trasmitían, alzada como cáliz, con finura y firmeza. Rodaba de labio en labio, de oído en oído, como arroyo que acaricia las piedras, como coraza que recubre el alma. Se respetaba la certeza, se la acataba, se rendía el hombre a la evidencia de la ley natural y la divina, porque escuchaba. El término latino obedecer conservaba audazmente viva, vibrante, su raíz: *ioh audire!* Se obedecía porque se *oía*, se *escuchaba*, se confiaba en la fundamentación del absoluto y se la enaltecía.

Hoy, todavía, absurdamente, creen en el ablativo absoluto, el cero absoluto; el dominio y el estado absolutos, la mayoría absoluta, la temperatura absoluta, el signo matemático absoluto, el veto absoluto..., tras proponer, orondos, que todo es relativo. Ahora, *absoluto*, es este hombrecito que un día, diría Ballagas, se pudrirá bajo las hormigas.

Nuestra civilización, firmemente asentada en la familia; asida



a la razón y voluntad humanas, arrastrada por la universidad y el monasterio a inclinarse al imperio y servicio de la verdad y de la moral, se desmorona. La masiva mediocridad

no cree en la racionalidad de los liceos atenienses, en la entendida ley mosaica, en las que hundían sus inquietudes, sus ansias liberadoras, sus afanes de misión y de destino, instruidos y aldeanos, poetas, príncipes, soldados, del más humilde al encumbrado.

Aun Russell, el filósofo, que se consideraba a sí mismo como liberal, socialista y pacifista (aunque afirmaba que nunca lo había sido, ni asumido, en su sentido más profundo), llegó a afirmar:



Desde la adolescencia siempre he creído en el valor de dos cosas: la bondad y la claridad de pensamiento. Al principio ambas, mas o menos, permanecieron separadas una de la otra; cuando me sentí triunfante creí en la claridad de pensamiento, y cuando me sentí derrotado creí sobre todo en la bondad. Gradualmente las dos se han fusionado más y más en mis sentimientos. Ahora encuentro que muchos pensamientos irracionales existen como excusa para la crueldad y que mucha crueldad es desencadenada por creencias supersticiosas. Bondad y claridad, absoluto y verdad, son trascendencia; lo demás es nigromancia, salvajismo, irracionalidad, aunque quieran vestirse de progresismo y ciencia; por eso añadiría Russell: *The whole problem with the world is that fools and fanatics are always so certain of themselves, but wiser people so full of doubts.* El idiota y el fanático que hay en este remedo de hombre moderno, del hombrecito de la Nueva Era, está repleto de altanería fatua, de ensoberbecimiento, de vacuidad; no duda, porque no tiene nada en qué creer; ausente de cimas y de abismos, es mediocridad.

Pondré mis leyes en sus corazones y las grabaré en sus inteligencias. Puestas, grabadas. Tendrías que arrancarlas, tendrías que desbaratarlas a puño y a cincel. Sin Dios, sin un mandato, sin razón griega, sin revelación ni trascendencia, sin un absoluto que marque referencias, ¿a dónde te encaminas?...

Sin ellos la vulgaridad exprime, la mezquindad escuece, se entroniza, ¡satán existe y esclaviza!... la cultura de muerte. Un universo en el que nada es no es universo.

Jorge J. Arrastia.

Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo.
Jorge.